

¿Qué puedo hacer con esta idiotez
—oh corazón, oh turbado corazón— esta caricatura,
decrépita edad que se ha unido a mí
como a un perro el rabo?

W.B. YEATS, *La torre*

¿Qué criaturas más venerables y reverentes
parecen los ancianos! ¿Querubines inmortales!

THOMAS TRAHERNE, *Centuries of Meditation*

P. ¿Cuáles son las cuatro últimas cosas que se deben
recordar siempre?

R. Las cuatro últimas cosas que se deben recordar
siempre son Muerte, Juicio, Infierno y Cielo.

The Penny Catechism [*El catecismo de penique*]



Capítulo uno

Dame¹ Lettie Colston recargó su pluma estilográfica y siguió con la carta:

Espero que uno de estos días escribas con igual brillantez sobre un tema más feliz. En estos días de guerra fría siento que debemos volar por encima de la oscuridad y la contaminación y elevarnos hasta la claridad cristalina.

Sonó el teléfono. Descolgó el auricular. Como había temido, el hombre habló antes de que pudiera decir ni una palabra. Cuando él hubo pronunciado la frase familiar, ella le replicó:

—¿Quién está al habla? ¿Quién es?

1. Título honorífico concedido a mujeres distinguidas con la Orden del Imperio Británico. (*N. del T.*)

Muriel Spark

Pero la voz, como en las ocho ocasiones anteriores, había colgado.

Dame Lettie telefoneó al subinspector como se le había pedido.

–Ha vuelto a ocurrir –le dijo.

–Ya veo. ¿Ha tomado nota de la hora?

–Ha sido hace un momento.

–¿Lo mismo?

–Sí –contestó–, lo mismo. Seguramente tienen algunos medios para localizarlo...

–Sí, Dame Lettie, lo cogemos, por supuesto.

Unos instantes después Dame Lettie telefoneaba a su hermano Godfrey.

–Godfrey, ha vuelto a ocurrir.

–Paso a recogerte, Lettie –le dijo–. Tienes que pasar la noche con nosotros.

–Tonterías. No hay ningún peligro. Sólo es una molestia.

–¿Qué te ha dicho?

–Lo mismo. Y para ser sincera, no ha sonado amenazador. Por supuesto que el hombre está loco. No sé en que está pensando la policía, deben de estar dormidos. Ya llevamos seis semanas con esto.

–¿Sólo esas palabras?

–Sólo las mismas palabras: «*Recuerda que debes morir*». Nada más.

–Debe de ser un maníaco –contestó Godfrey.

La esposa de Godfrey, Charmian, estaba sentada con los ojos cerrados, intentando poner sus pensamientos por orden alfabético porque Godfrey le había explicado que era mejor que no tener ningún orden en absoluto, puesto que ella no tenía

Memento Mori

ahora facilidad ni para la lógica ni para la cronología. Charmian tenía ochenta y cinco años. El otro día la había venido a ver un periodista de un semanario. Después Godfrey le había leído en voz alta el artículo del joven:

... Junto al fuego estaba sentada una dama frágil y anciana, una dama que en su día había enardecido a todo el mundo literario (si no al mismo Támesis)... A pesar de su edad, esta figura legendaria está aún muy viva...

Charmian sintió que se estaba quedando dormida y así se lo dijo a la doncella, que estaba arreglando los cajones de la larga mesa de roble junto a la ventana.

—Taylor, me voy a dormir durante cinco minutos. Telefona a San Marcos y diles que estoy llegando.

En ese preciso instante, Godfrey entró en la habitación con el sombrero en la mano y el abrigo puesto.

—¿Qué has dicho? —le preguntó.

—Oh, Godfrey, me has sobresaltado.

—*Taylor...* —repitió—, San Marcos... No te das cuenta de que no hay ninguna doncella en esta habitación y, además, no estás en Venecia.

—Acércate y caliéntate junto al fuego —le contestó—, y quítate el abrigo —porque pensaba que acababa de entrar de la calle.

—Estoy a punto de salir —replicó—. Voy a recoger a Lettie, que se quedará con nosotros esta noche. Está alterada a causa de otra de esas llamadas anónimas.

—Era un joven muy agradable el que llamó el otro día —dijo Charmian.

—¿Qué joven?

—De la revista. Uno que escribió...

Muriel Spark

—Eso fue hace cinco años y dos meses —contestó Godfrey.

«¿Por qué no puede uno ser amable con ella?», se preguntó mientras conducía hacia la casa de Lettie en Hampstead. «¿Por qué no puede uno ser más amable?» Él mismo tenía ochenta y siete años y conservaba todas sus facultades. Siempre que consideraba su comportamiento no pensaba en sí mismo como «yo» sino como «uno».

«Uno tiene sus dificultades con Charmian», se dijo a sí mismo.

—Tonterías —dijo Lettie—. Yo no tengo enemigos.

—Piensa —replicó Godfrey—. Piénsalo bien.

—El semáforo en rojo —contestó Lettie—. Y no me hables como si fuera Charmian.

—Lettie, por favor, no necesito que me digas cómo tengo que conducir. He visto el semáforo. —Había frenado con brusquedad y Dame Lettie se había visto impulsada hacia delante.

Le lanzó una mirada penetrante que, cuando las luces se pusieron verdes, provocó que condujera aún más rápido.

—Sabes, Godfrey —le dijo—, estás maravillosamente para tu edad.

—Eso es lo que dice todo el mundo. —Él moderó la velocidad, el suspiro de alivio de ella fue inaudible y su golpecito de felicitación en la espalda, invisible.

—En tu posición —dijo— debes tener enemigos.

—Tonterías.

—Pues yo digo que sí. —Aceleró.

—Bueno, quizá tengas razón. —Él volvió a levantar el pie, pero Dame Lettie pensó: desearía no haber venido.

Se encontraban en Knightsbridge. Sólo era cuestión de

Memento Mori

tenerlo contento hasta que llegasen a Kensington Church Street y girasen hacia Vicarage Gardens, donde vivían Godfrey y Charmian.

–Le he escrito a Eric –le comentó ella– sobre su libro. Por supuesto, tiene algo de la antigua brillantez de su madre, pero me parece que el tema carecía de la alegría y la esperanza que son la marca de una buena novela en estos tiempos.

–Yo no pude leer el libro –contestó Godfrey–. Sencillamente no pude con él. Un vendedor de coches de Leeds y su mujer pasando una noche en un hotel con ese bibliotecario comunista... ¿A dónde te lleva todo eso?

Eric era su hijo. Eric tenía cincuenta y seis años y acababa de publicar su segunda novela.

–Nunca será tan bueno como lo era Charmian –dijo Godfrey–. Por mucho que lo intente.

–Bueno, no puedo estar totalmente de acuerdo con eso –replicó Lettie, viendo que se encontraban delante de la casa–. Eric tiene una gran vena realista que Charmian nunca...

Godfrey había bajado y cerrado de golpe la puerta del coche. Dame Lettie suspiró y lo siguió a la casa, deseando no haber venido.

–¿Tuviste una tarde agradable en el cine, Taylor? –preguntó Charmian.

–No soy Taylor –contestó Dame Lettie– y en cualquier caso siempre llamaste Jean a Taylor durante los últimos veinte años a tu servicio, poco más o menos.

La señora Anthony, su ama de llaves diurna, entró con el café con leche y lo dejó sobre la mesa del desayuno.

–¿Tuviste una tarde agradable en el cine, Taylor? –le preguntó Charmian.

Muriel Spark

–Sí, gracias, señora Colston –contestó el ama de llaves.

–La señora Anthony no es Taylor –dijo Lettie–. Aquí no hay nadie que se llame Taylor. Además, últimamente la solías llamar Jean. Sólo cuando eras una niña llamabas Taylor a Taylor. Y, en cualquier caso, la señora Anthony no es Taylor.

Entró Godfrey. Besó a Charmian.

–Buenos días, Eric –dijo ella.

–Él no es Eric –insistió Dame Lettie.

Godfrey le frunció el ceño a su hermana. Su parecido con él le irritaba. Abrió *The Times*.

–¿Hay hoy montones de obituarios? –preguntó Charmian.

–Oh, no seas morbosa –replicó Lettie.

–¿Quieres que te lea los obituarios, querida? –le preguntó Godfrey, volviendo las páginas para encontrar la sección en desafío a su hermana.

–Bueno, preferiría las noticias de la guerra –contestó Charmian.

–La guerra terminó en mil novecientos cuarenta y cinco –dijo Dame Lettie–. Si es que te refieres a la última guerra. Sin embargo, ¿quizá es posible que te refieras a la Primera Guerra Mundial? ¿A la de Crimea quizá...?

–Lettie, por favor –cortó Godfrey. Se dio cuenta de que la mano de Lettie temblaba cuando levantó su taza y el tic en su mejilla izquierda se había pronunciado. Pensó en que se conservaba en mucho mejor forma que su hermana, aunque ella era más joven, sólo tenía setenta y nueve años.

La señora Anthony se asomó por la puerta.

–Alguien al teléfono para Dame Lettie.

–Oh, ¿quién es?

–No quiere dar su nombre.

Memento Mori

–Pregunte quién es, por favor.

–Ya lo hice. No quiere dar...

–Voy yo –dijo Godfrey.

Dame Lettie lo siguió hasta el teléfono y escuchó la voz de hombre.

–Dígale a Dame Lettie –decía–, que recuerde que debe morir.

–¿Quién habla? –preguntó Godfrey. Pero el hombre había colgado.

–Debieron seguirnos –comentó Lettie–. La pasada noche no le dije a nadie que iba a venir aquí.

Llamó para informar del incidente al subinspector.

–¿Seguro que no le mencionó a nadie su intención de quedarse en casa de su hermano? –le preguntó.

–Por supuesto que estoy segura.

–¿Su hermano ha escuchado la voz? ¿La ha oído personalmente?

–Sí, como le he dicho, él respondió a la llamada.

–Me alegro de que cogieses la llamada –le dijo a Godfrey–. Así corroboras mi historia. Acabo de darme cuenta de que la policía dudaba de ella.

–¿Ponían en duda tu palabra?

–Bueno, supongo que pensaron que me lo había imaginado. Ahora, es posible que estén más activos.

–La policía... ¿Qué estáis diciendo sobre la policía? ¿Nos han robado? –intervino Charmian.

–Me están molestando –contestó Dame Lettie.

La señora Anthony entró para limpiar la mesa.

–Ah, Taylor, ¿qué edad tienes? –preguntó Charmian.

–Sesenta y nueve años, señora Colston –contestó la señora Anthony.

–¿Cuándo cumplirás los setenta?

Muriel Spark

–El veintiocho de noviembre.

–Eso será espléndido, Taylor. Entonces serás una de nosotros –dijo Charmian.

Capítulo dos

Había doce ocupantes en la sala de medicina general de Maud Long (ancianas, mujeres). La enfermera jefe las llamaba la Docena de Fraile, porque había escuchado la expresión pero sin saber que la formaban trece elementos; y de esta forma perdían su fuerza muchos buenos dichos antiguos.

La primera era la señora Emeline Roberts, de setenta y seis años, que había sido cajera en el Odeón en la época en que era el Odeón. La siguiente era la señorita o señora Lydia Reewes-Duncan, de setenta y ocho años, cuya vida anterior era incierta, pero que cada quince días recibía la visita de un sobrino de mediana edad, muy mandón con los médicos y el equipo, muy presumido. A continuación venía la señorita Jean Taylor, de ochenta y dos años, que había sido doncella de compañía de la famosa autora Charmian Piper tras su entrada por casamiento en la familia de la Cervecería Colston. La siguiente era la señorita Jessie Barnacle, que no

Muriel Spark

tenía partida de nacimiento pero a la que se suponían unos ochenta y un años, y que durante cuarenta y ocho años había sido vendedora de periódicos en Holborn Circus. También estaban madame Trotsky, la señora Fanny Green, la señorita Doreen Valvona y cinco más, todas con vidas conocidas y variadas, y con edades que iban de los setenta a los noventa y tres años. Estas doce mujeres eran conocidas como abuela Roberts, abuela Duncan, abuela Taylor, abuelas Barnacle, Trotsky, Green, Valvona, etcétera.

A veces, cuando recibía su cena, la paciente se sentía horrorizada y deprimida porque la llamaban abuela. La señorita o señora Reewes-Duncan amenazó durante toda una semana con denunciar a cualquiera que la llamase abuela Duncan. Amenazaba con quitarlos de su testamento y con escribir a su representante en el Parlamento. Las enfermeras le proporcionaron papel y lápiz ante su petición urgente. Sin embargo, cambió de opinión sobre informar a su representante en el Parlamento cuando le prometieron que no la volverían a llamar abuela.

—Pero —les dijo— nunca volveréis a figurar en mi testamento.

—Por el amor de Dios, eso es realmente terrible por su parte —le dijo la enfermera jefe mientras iba y venía de un lado a otro—. Creía que nos iba a dejar una verdadera fortuna.

—Ahora ya no —contestó la abuela Duncan—. Ahora ya no, no quiero. No me podéis tomar por tonta.

La fuerte abuela Barnacle, que había vendido el diario vespertino durante cuarenta y ocho años en Holborn Circus y que siempre decía: «Las acciones hablan más alto que las palabras», mandaba buscar en Woolsworth casi una vez por semana un formulario para redactar el testamento; eso

Memento Mori

la ocupaba durante dos o tres días. Les preguntaba a las enfermeras cómo se escribían palabras como «centenar» y «armiño».

—¿Me vas a dejar un centenar de libras, abuela? —le preguntaba la enfermera—. ¿Me vas a dejar tu capa de armiño?

El médico al hacer la ronda le decía:

—Bueno, abuela Barnacle, ¿te vas a acordar de mí o no?

—Va a recibir un millar, Doc.

—Te doy mi palabra de que voy a seguir contigo, abuela. Me apuesto algo a que tiene unas medias muy largas, mi chica.

La señorita Jean Taylor murmuraba sobre su condición y sobre la vejez en general. ¿Por qué algunas personas pierden la memoria, otras el oído? ¿Por qué algunas hablan de su juventud y otras de su testamento? Pensaba en Dame Lettie Colston, que tenía todos sus sentidos intactos, y aun así jugaba realmente con su testamento, intentando tener a los dos sobrinos en suspense, ambos enemistados. Y Charmian... Pobre Charmian, desde su derrame cerebral. Qué confusa estaba sobre la mayoría de las cosas y qué perfectamente sensible cuando se trataba de discutir sobre los libros que había escrito. Sólo lúcida en esa única cuestión: el tema de sus libros.

Un año atrás, cuando la señorita Taylor había sido admitida en la sala, sufrió míseramente cuando se dirigieron a ella como abuela Taylor, y pensó que prefería morir en una zanja a que la mantuvieran viva en esas condiciones. Pero era una mujer acostumbrada a contenerse, nunca había mostrado su resentimiento. El lacerante tratamiento familiar de las enfermeras se unía a su artritis, y los soportó a los dos todo lo que pudo sin quejarse. Pero entonces se vio forzada a gritar de dolor durante una noche larga y terrible cuando la tenue luz de la sala transformaba las camas en bultos grisáceos

Muriel Spark

como terribles fardos para la lavandería que murmuraban y roncaban de vez en cuando. Una enfermera le puso una inyección.

–Ahora estarás mejor, abuela Taylor.

–Gracias, enfermera.

–Date la vuelta, abuela, buena chica.

–Muy bien, enfermera.

El dolor artrítico se calmó, dejando el dolor de una humillación desolada, de manera que prefería volver a soportar el persistente mal físico.

Tras el primer año, decidió que haría del sufrimiento un asunto voluntario. Si éste era el deseo de Dios, entonces también sería el mío. Con esa decisión ganó una dignidad categórica y visible, al mismo tiempo que perdía su estoica resistencia al dolor. Se quejaba más, llamaba a menudo para que le trajesen la cuña y no dudó, una vez que la enfermera se retrasó, en mojar la cama, como hacían tan a menudo las demás abuelas.

La señorita Taylor pasaba mucho tiempo considerando su posición. Los «¿Cómo está esta mañana la abuela Taylor?» y «¿Has estado redactando tu última voluntad y testamento?», desaparecían cuando le miraban a los ojos, la inteligencia. No podía dejar de odiar esas visitas, y las enfermeras peinándola, diciéndole que parecía tener dieciséis años, pero ella se cambiaba mentalmente por ellas, tal como eran, contemplándolas como la Voluntad de Dios. Reflexionaba que todo podía ser peor y sentía pena por la generación más joven que estaba saliendo al mundo en ese momento, que cuando fuesen viejos, fueran de buena familia o no, educados o no, se verían forzados por ley a ingresar en Salas de Crónicos; se atrevía a decir que todo ciudadano en el Reino lo tendría garantizado; y seguramente llegaría el momento para todos

Memento Mori

en que se convertirían en abuela o abuelo del gobierno, a menos que misericordiosamente fueran puestos a descansar en la flor de la vida.

La señorita Doreen Valvona era una buena lectora, tenía los mejores ojos en la sala. Cada mañana a las once leía del periódico el horóscopo de todas, sosteniéndolo cerca de su nariz morena y, detrás de los cristales, sus ojos negros, que eran herencia de su padre italiano. Sabía de memoria el signo zodiacal de todas.

—Abuela Green-Virgo —diría—. «Un día para medidas importantes. Una asociación estrecha será beneficiosa. Un periodo maravilloso para divertirse.»

—Vuélvelo a leer. No tenía puesto mi sonotone.

—No, tendrás que esperar. La siguiente es la abuela Duncan. Abuela Duncan-Escorpio. «Hoy puedes ir a por todo lo que desees. Multitud de diversiones y alegrías para mantenerte en pie.»

La abuela Valvona recordaba el horóscopo de todas durante todo el día, buscando los puntos en que se hacía realidad, de manera que, después de que Dame Lettie Colston hubiera visitado a la abuela Taylor, la vieja sirvienta de la familia, surgió un grito de la abuela Valvona:

—¿Qué te dije en tu horóscopo? Escucha mientras lo leo de nuevo. Abuela Taylor-Géminis. «Hoy estás en una forma espléndida. Están indicadas potencias sociales excepcionalmente brillantes.»

—«Portentos» —replicó la señorita Taylor—. No potencias.²
La abuela Valvona volvió a mirar y lo deletreó.

2. Juego de palabras prácticamente intraducible entre «potents» y «portents» que hemos intentado mantener con «potencias» y «portentos», aunque la traducción no sea exacta. (*N. del T.*)

Muriel Spark

–Potencias –repitió.

La señorita Taylor se rindió.

–Ya veo –murmuró.

–¿Qué? –preguntó la abuela Valvona—. ¿No ha sido un predicción remarcable? «Hoy estás en una forma espléndida. Están indicadas potencias sociales excepcionalmente brillantes.» ¿No había predicho a tu visitante, abuela Taylor?

–Sí, por supuesto, abuela Valvona.

–¡Una Dame! –exclamó la enfermera más bajita, que no podía comprender porqué la abuela Taylor había llamado tan seria a su visitante «Dame Lettie». Había oído hablar de las Dames como broma y en las películas.

–Espera, enfermera, te voy a leer tu horóscopo. ¿Cuándo naciste?

–Me tengo que ir, abuela Valvoni. La enfermera jefe está de caza.

–No me llames Valvoni, es Valvona. Acabado con una a.

–Ah –contestó la pequeña enfermera y desapareció dando saltitos.

–Taylor estaba hoy en una forma espléndida –le explicó Dame Lettie a su hermano.

–¿Has ido a ver a Taylor? Realmente eres muy buena –contestó Godfrey—. Pero pareces cansada, espero que no te hayas cansado demasiado.

–Incluso he tenido la sensación de que podía cambiar mi lugar con Taylor. Esa gente es muy afortunada en esta época. Calefacción central, todo lo que desean, mucha compañía.

–¿Está con gente agradable?

–¿Quién? ¿Taylor? Bueno, todas tienen una buena presencia y están limpias. Taylor siempre dice que está perfectamente satisfecha con todo. Y así debe ser.

Memento Mori

—¿Sigue conservando todas sus facultades? —Godfrey estaba obsesionado con el tema de la gente mayor y sus facultades.

—Desde luego. Preguntó por ti y por Charmian. Por supuesto, lloró un poco al mencionar a Charmian. Por supuesto, le tenía mucho cariño a Charmian.

Godfrey la miró de cerca.

—Pareces enferma, Lettie.

—Una completa tontería. Estoy hoy en una forma maravillosa. Nunca me he sentido mejor en mi vida.

—No creo que debas volver a Hampstead —le dijo.

—Después del té. He dispuesto irme a casa después del té, y después del té me iré.

—Hemos recibido una llamada para ti —le informó Godfrey.

—¿Quién era?

—Otra vez ese tipo.

—De verdad. ¿Habéis llamado al D.I.C.?³

—Sí. De hecho van a venir esta noche para hablar con nosotros. Están bastante intrigados con algunos aspectos del caso.

—¿Qué dijo el hombre? ¿Qué dijo?

—Lettie, no te sobresaltes. Sabes muy bien lo que dijo.

—Regreso a Hampstead después del té —reafirmó Lettie.

—Pero el D.I.C....

—Diles que he regresado a Hampstead.

Charmian entró tambaleándose.

—Ah, Taylor, ¿has disfrutado del paseo? Hoy tienes un aspecto maravilloso.

—La señora Anthony tarda con el té —comentó Dame Lettie, moviendo la silla para dar la espalda a Charmian.

3. Departamento de Investigación Criminal. (*N. del T.*)

Muriel Spark

—No debes dormir sola en Hampstead —le dijo Godfrey—. Llama a Lisa Brooke y pídele que se quede contigo durante unos días. La policía va a coger pronto al hombre.

—Maldita sea Lisa Brooke —replicó Dame Lettie, lo que podría haber sido un comentario alarmante si se hubiera tomado en serio, porque Lisa Brooke llevaba poco tiempo muerta, como descubrió Godfrey en los obituarios de *The Times* a la mañana siguiente.